DESENGAÑOS DE LA VIDA.

edia en tres actos y en verso, original de D. Juan Ruiz del Cerro, *representada en el teatro de Variedades el* 8 *de setiembre de* 1847.

A su querido amigo D. Pedro Calvo Asensio.—*El autor.*

PERSONAS.	ACTORES.
Aurora.	*Señora Rizo.*
Margarita.	*Señora Muñoz.*
Luisa.	*Señora Saavedra.*
Carlos.	*Señor Alba.*
Enrique.	*Señor Garcia.*
Ambrosio.	*Señor Capo.*
El izconde de la Roca.	*Señor Detrell.*
Caballero 1.°.	*Señor Rojas.*
Id. 2.°.	*Señor Ecija.*
Un omisario.	*Señor Jalvo.*
Un riado.	*Señor Daroca.*

ACTO PRIMERO.

Sala con dos puertas laterales: una al fondo.

ESCENA I.

Doña Margarita, un criado.

Mar. Lo oyes?.. Quiero que esta noche
respire todo grandeza.
No olvides en la antesala
poner la alfombra chinesca:
que esté el ambigú servido
con mucha magnificencia:
no repares en el gasto
para dejarme contenta.
Cria. Señora, siento deciros
que no puedo mi obediencia
probaros, pues vuestro tio
no quiere hacernos entrega
de un maravedí, de modo
que no será culpa nuestra
si no podemos á usia
complacer.
Mar. Qué desvergüenza!
Con que á entregaros dinero
tambien mi tio se niega?
Le pedistes de orden mia
las cantidades dispuestas
para obsequiar á las gentes
convidadas á la fiesta?
Cria. Si señora.
Mar. Y se negó!
Pues dile que á mi presencia
venga, yo le enseñaré
á respetar mi nobleza.
Cria. Voy al instante, señora.
Mar. Dile que al momento venga.

ESCENA II.

Doña Margarita, *sola.*

Que osadía! Tal desprecio
á mis órdenes espresas?...
Qué pensarán los criados
de osadía tan estrema?...
Quién me mandó que á mi tio
por mayordomo tragera.
Por qué no tube presente
aquel refran, que aconseja
que es siempre la peor cuña
la de la misma madera?...

ESCENA III.

Doña Margarita, Don Ambrosio.

Mar. Venga usted acá y veremos.
Asi conmigo se juega?
Amb. Advierte que yo no juego
jamás con las cosas serias:
mandastes á los criados
que dinero me pidieran
y no le he dado...

MAR. Por qué?
Vamos, responda usted, pelma.
AMB. Por qué?... (Que rabie un poquito.)
MAR. Vamos.
AMB. Voy...
MAR. Me desespera.
Estoy arrojando fuego.
AMB. (Asi arrojáras las muelas.)
MAR. Los fondos de mi marido,
no son mios?
AMB. Quien lo niega.
(Asi va la danza.)
MAR. Qué?
AMB. Que son tuyos; de ello en prueba
si los quieres...
MAR. Si los quiero.
AMB. Pues no hay ni una peseta.
MAR. Cómo! Y mis fondos?...
AMB. Tus fondos
en el fondo ya se encuentran.
MAR. Yo que creia!...
AMB. Tontuna!
pues que de esperar no era?...
No has sido tú siempre amiga
de dar que hacer á las piernas?
Siempre á vueltas con las modas,
y, ola! pasad papeletas
á las hijas del marqués
y á la señora condesa,
y vengan ricas alfombras
y arañas de lujo vengan,
y que ardan todas las noches
en ellas velas de esperma;
y llama luego al joyero,
y avise el otro la orquesta:
que el ambigú sea rico,
respire todo grandeza,
que despues, mi mayordomo
pagará cuanto se ofrezca.
Y tantos por oro vienen,
y tantos oro se llevan,
que el fondo va fondeando
y en el fondo al fin se queda.
MAR. Pues yo estoy comprometida
para esta noche, y es fuerza
que busques un medio tú
para que luzca mi fiesta.
AMB. Me hablas de fiestas aun?
Margarita, ten prudencia,
ya cuentas sesenta y uno...
MAR. No tengo mas que cincuenta:
tal ultraje...
AMB. Digo bien,
y es muy ridícula idea
que vistas de colorines
en lugar de sarga negra.
MAR. Basta.
AMB. Y es estravagante,
que presumas de coqueta,
cuando por fin has llegado
al lugar de villa vieja.
MAR. Yo á villa vieja! Habrá tal
descaro!... Mas le valiera
que al vizconde aconsejára
que un empréstito pidiera.
AMB. Al vizconde? No haré tal.
Tiene honradez y nobleza,
y si débil ha cedido,
á tus locas exigencias,
por amor á Aurora ha sido
y á ti; mas si á mi me oyera,
en lugar de derrochar
en cuchipandas sus rentas,
las tendria muy guardadas
y no inútiles sirvieran
para.... Al fin eres señora
y me callo... mas quisiera
poder hablar lo que siento,
y luego tirar la lengua.
MAR. No tengo una hija joven?
Delito es que se divierta?
No debo?..
AMB. Llevarla á bailes,
es verdad?.. Viva la gresca,
la inmoralidad, la bulla...
Lo que tu deber te ordena
es no guiar á tu hija
por estraviadas sendas.
Qué ejemplos tiene la niña?
Ya se conoce á la legua.
Es bella, mas veleidosa,
sensible, pero coqueta.
No me importa que te enfades,
enójate enhorabuena...
pero Aurora es mi sobrina,
y yo no puedo en conciencia...

ESCENA IV.

Dichos, EL VIZCONDE.

VIZ. Qué es esto... qué pasa aqui?
MAR. Que tiene el atrevimiento...
AMB. De haber dicho lo que siento,
la pura verdad.
MAR. No.
AMB. Si.
VIZ. Pero...
AMB. Fondos me pidió,
y que decir tube al cabo
que no quedaba un ochavo
de cuanto se nos prestó.
VIZ. Ni un ochavo?...
AMB. Pobre renta.
En tres meses, cien mil reales
se han ido.
VIZ. Cómo!
AMB. Cabales.
Si quieres traeré la cuenta.
VIZ. Se bien vuestra providad,
y es inútil repasarla.
MAR. Pudieras examinarla.
AMB. No tengo dificultad.
MAR. Pues yo estoy comprometida
para el baile de esta noche.
AMB. Siempre hablando á troche y moche,
si está la casa perdida.
MAR. Se busca dinero.
AMB. Tratas?...
MAR. De bailar, aunque os asombre.
AMB. Qué tenacidad! Pero hombre
la escuchas y no la matas?
De oirla no te dá grima?
Habrá tal disparátar!
Siempre pensando en bailar
con sesenta y uno encima.
VIZ. Tienes razon.
MAR. Tú tambien

le apoyas frunciendo el ceño?..
Pues ahora mas empeño
tengo en bailar.
IB. Bailas bien!
R. Y sino, me enseñará
un profesor de importancia.
B. Harás muy bien; manda á Francia
á buscar á Petipá.
R. Pues no estoy muy lejos.
B. Si,
y en dándote dos lecciones
vas al Circo á dar funciones
y desbancas á la Guy.
R. Tio!
Z. Basta. Esta ocasion
no es propia de necedades.
IB. Lo es de decir verdades.
Z. Peligra mi estimacion.
IB. Asi yo me desespero
con tu esposa que no cede,
y del mal que te sucede
es el móvil verdadero.
Ayer venció el pagaré
de los cuarenta mil reales,
y si hoy vienen los curiales,
qué decirles no sabré.
R. Pero y mi baile?.. Y el coche?...
Marchad á pedir los dos...
IB. Una limosna por Dios
para el baile de esta noche.
Z. Venid; me queda un amigo
á quien nunca he molestado,
iré á verle; vive al lado.
IB. A ver otro yo me obligo.
Vamos.
AR. En decir me aferro
que en el ambigú me pongas...
IB. Mucho, castañas pilongas
y agua de la fuente el Verro.

ESCENA V.

DOÑA MARGARITA *y* DOÑA AURORA.

UR. Por qué gritabas, mamá?
AR. Por nada: si lo supieras,
acerbo llanto vertieras.
UR. Dimelo.
AR. Te pesará.
Pretenden que no bailemos.
UR. Quién lo pretende?
AR. Mi tio.
UR. Que tiranía, Dios mio.
Pero no obedeceremos?
AR. Pues está claro que no.
Basta que el tio lo exija.
UR. Bien, ya sabes que no hay hija
mas obediente que yo.
AR. Te has probado ya el vestido
que te trajo la modista?
UR. Por cierto salta á la vista
el corte y el mal cosido.
AR. Por eso no armes querella;
hija mia, ensancha el pecho,
que si el trage está mal hecho
se le das á la doncella.
UR. Es costoso.
AR. Qué mas dá!
Acaso á ti se te esconde
que eres hija de un vizconde?
Obedece á tu mamá.
AUR. Te obedeceré, pues no?
No receles que te aflija,
no hay en el mundo una hija
mas obediente que yo.
MAR. Quiero que la reina seas
del baile, aunque dice el tio
que no hay dinero...
AUR. Dios mio!
MAR. Ni le creo, ni le creas.
Ese necio segundon
nació por su estrella impía,
para echar en la hidalguía
de nuestra casa un borron.
Mi tio! ente singular
que deshonra nuestro nombre...
qué se ha de esperar de un hombre
que no le gusta bailar!
AUR. Que baila es fuerza, te acuerdes.
MAR. Pero qué baila el menguado?...
pues... lo que un descamisado,
fandango y las habas verdes.
Adios; me voy á probar
mi trage de terciopelo:
si me está mal, en el suelo
con mis plantas le he de hollar.
Nada, hija mia, grandeza,
grandeza de pensamientos;
que en algo de esos hambrientos
se distinga la nobleza.
Jamás á mi se me esconde
mi luciente gerarquia:
ten presente tú, hija mia,
que eres hija de un vizconde.

ESCENA VI.

DOÑA AURORA, *despues* DON CARLOS.

AUR. Es verdad, hidalga cuna,
la providencia me dió...
su brillo sostendré yo
mal que pese á la fortuna.
Pero, ¡oh! Don Carlos.
CAR. Señora...
AUR. Sea usted muy bien llegado.
CAR. No dirá usted que he tardado
en venir á ver mi Aurora.
AUR. Ya sé que es usted atento
con las damas, y que evita
tardar en cualquiera cita
el mas pequeño momento.
CAR. Sin embargo, ya ve usté
que aunque cumplido me llama,
jamás de mi ingrata dama
ningun favor alcancé.
Y aunque insensato la adoro
contemplándola tan bella,
ni la ablanda mi querella,
ni la enternece mi lloro.
AUR. Acaso yo á usted le mando
que persista noche y dia
en la invariable mania
de enamorarme llorando?
Cambie usted de direccion;
elija otra nueva senda,
y acaso algun dia prenda
su fuego en mi corazon.

Mas si sigue usted asi
su tema de suspirar,
logrará usted alcanzar
hacerme llorar á mi.
CAR. Jamás pude yo creer
que fuese usted tan ingrata,
que á quien su desden le mata
le aumentase el padecer.
Pero hoy veo en mi quebranto,
que en cambio de mi dolor,
en vez de alcanzar amor,
me desprecia usted.
AUR. No tanto.
Pero seria locura
darle á usted mi corazon,
cuando acaso esa pasion
que á todas horas me jura,
con apasionado acento
mintiendo amores audaz,
á alguna nueva beldad
la jura cada momento.
CAR. ¿Piensa usted que fementido
tamaña traicion hiciera?
Aurora, como pudiera
darla á usted nunca al olvido?...
A usted, que fue la esperanza
que idolatró mi memoria;
á usted, que es la única gloria
que mi pensamiento alcanza.
Cuantas pruebas quiera usté
de mi constancia y mi amor
exija usted sin temor,
y al punto se las daré.
AUR. Siendo asi, tal vez...
CAR. Qué he oido!
Me amará usted?
AUR. Le amaria.
CAR. Permita usté en mi alegria,
que ante sus plantas rendido....
(va á arrodillarse pero Aurora se lo impide.)
AUR. Pero jura usted?
CAR. Quererte
cual quiere la vista el ciego,
vivir para ti...
AUR. (Que fuego!)
CAR. Y ser tuyo hasta la muerte.
AUR. A su pasion amorosa
dando el merecido pago,
juramento tambien hago
de darle mano de esposa.
Siendo nuestra suerte una
á su lado viviré,
y con usted partiré
su desgracia ó su fortuna.
CAR. Al escuchar tanto amor,
mi corazon late, Aurora,
mas no sé si late ahora
de alegria ó de temor.
AUR. De temor?...
CAR. Si, sentiria...
AUR. Recela ustè algun engaño?...
CAR. Oh! Tan cruel desengaño
la vida me costaria.
Si falsa y engañadora
su corazon me vendiese,
el dia que lo supiese
¡ay de usted, y ay de mi, Aurora!
AUR. Deseche usted ese afan
que la dicha le arrebata,
y no recele que ingrata
admita ningun galan.
CAR. Perdone, si mi razon
dejó que imprudente el labio
causára á usted tal agravio
en fuerza de mi pasion.
AUR. Mi pecho ya perdonó
que dudase usted asi,
pues su ciego frenesi
solo el amor le dictó
CAR. Gracias, Aurora querida;
su amor para mi será
la aurora que alumbrará
los placeres de mi vida.
AUR. Silencio! Que he percibido
rumor de pisadas creo.
CAR. El vizconde. Mas qué veo!
AUR. Cielos! cuan descolorido.

ESCENA VII.

AURORA, DON CARLOS, EL VIZCONDE.

AUR. Qué ha sucedido... qué tienes?
VIZ. Aurora, no tengo nada.
CAR. Señor vizconde, usted tiembla.
Sin duda que á usted le pasa
algo; hable usted con franqueza,
pues ya sabe que se halla
entre personas, que todo
por usted sacrificáran;
si puedo serle á usted útil...
VIZ. Señor don Carlos, mil gracias.
(Aurora, estoy arruinado.)
AUR. (Arruinado! Con que hablaba
con razon el tio?)
VIZ. (Si.
Como hoy no satisfaga,
ademas de algunos créditos
que pesan sobre la casa,
un pagaré que ha vencido
de dos mil duros.)
CAR. (Se hablan
en secreto; si, no hay duda,
tal vez alguna desgracia...)
VIZ. Dispénseme usted, don Carlos,
pero tengo trastornada
la cabeza y me retiro.

ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON CARLOS.

CAR. Aurora, qué es lo que pasa?
En el semblante afligido
del vizconde, se retrata
con muy profundas señales
del dolor la cruda marca.
Acaso no soy yo digno
de hacerme esa confianza?
AUR. Algunas veces, don Carlos,
hay misterios en las casas
que no se deben...
CAR. Comprendo;
revelar á gente estraña.
Yo crei que desde hoy
podia esperar que hablára
usted conmigo, cual debe...
mas la ilusion me engañaba.

AUR. Si lo toma usted asi...
Pero una vez que se afana
por saberlo, sepa usted
que está la casa arruinada.
AR. Arruinada!
AUR. Si; ha vencido
un pagaré, y no hay en casa
ningun fondo.
AR. Y cuanto importa?
AUR. Dos mil duros.
AR. Aun alcanza
mi cartera á libertar
á ustedes de su desgracia.
AUR. Por tanto desprendimiento,
don Carlos, doy á usted gracias.
Pero hay aun otras deudas.
AR. Con cuanto mi renta alcanza
pueden ustedes contar.
Cuando vine aqui, acababa
de recibir tres mil duros
en billetes, si nos bastan...
AUR. No presuma usted, don Carlos,
que sus fondos aceptára...
AR. Esto, señora, es decir...
AUR. Don Carlos, no es decir nada.
AR. Si señora; hoy que la suerte
esta ocasion me brindaba
de servir á usted...
IZ. Qué es eso?
AR. Aurora qué es lo que pasa?

ESCENA IX.

DON CARLOS, AURORA, EL VIZCONDE, DOÑA MARGARITA.

AUR. Nada, que este caballero
que nuestro apuro sabia....
IZ. Como!
AUR. Tenaz insistia
en ofrecerme dinero.
AR. Semejante humillacion!
AR. Al ofrecerles don Carlos
cuanto posee, humillarlos
no fue jamás su intencion.
Que estaba usté en descubierto
de cierta deuda he sabido,
y brindar á usté he querido
con mi cartera.
AR. Es incierto
cuanto le han dicho.
IZ. (Callad.)
Don Carlos, no le engañaron
á usted, los que le contaron
que debo una cantidad.
Si usted trae?...
AR. Tome usted.
IZ. Como empréstito, lo acepto,
pero bajo otro concepto
jamás lo recibiré.
AR. Señor vizconde, concibo
que usted me trata...
IZ. No puedo
aceptar si usted...
AR. Pues cedo.
IZ. Voy á estender el recibo.
(*toma la cartera y se retira.*)

ESCENA X.

DON CARLOS, AURORA, DOÑA MARGARITA.

MAR. Como préstamo, ya muda
de viso, mas regalado,
Dios me libre.
CAR. He observado
que es usted muy linajuda.
MAR. Oh! si: como que aunque vagos
los apuntes que he cogido,
tomó origen mi apellido...
CAR. Cierto, de los reyes... (magos.)
MAR. Si, don Carlos, y ademas
se tambien por otros datos,
que desciendo...
CAR. (De Pilatos.)
MAR. De Lain Calvo.
CAR. (Y de Caifás.)
CRIADO. Don Enrique de Pinilla.
AUR. (Cielos! Enrique.)
CAR. Y conmigo
se encuentra aqui!
AUR. Es un amigo
á quien conoci en Sevilla.
MAR. Que pase.
CAR. O casualidad.
AUR. Le conoce usted?
CAR. Pues no?
Si aun niños, ya nos ligó
la mas estrecha amistad.

ESCENA XI.

Dichos, DON ENRIQUE.

ENR. Estoy á los pies de ustedes.
CAR. Enrique!
ENR. Carlos, que veo!
Jamás hubiera podido
esperar tanto contento,
pues miro aqui reunidas
personas que tanto aprecio.
Pero señores, suplico
tomen ustedes asiento.
AUR. Con que ha viajado usted?
ENR. Oh! si, por Francia, y confieso
que aunque he visto cosas buenas,
un rostro tan hechicero
como el de usted...
AUR. Es favor.
ENR. Digo solo lo que siento.
CAR. Tu siempre tan calavera
y tan galante en estremo.
AUR. Y á usted que le ha parecido
la Francia?
ENR. Yo soy ingénuo;
entre España y entre Francia
no hay comparacion; aquello
es habitar en la gloria
y aqui habitar el infierno.
CAR. Enrique, veo que tú
no estás sin duda en tu acuerdo.
MAR. Oh! Alli dicen que están
los bailes y los conciertos
con un lujo que deslumbra.
ENR. Si señora, en todos ellos
he visto siempre que reina
un aparato soberbio.
MAR. Hallarse en Francia en un baile
será mirarse en el cielo.

ESCENA XII.

Dichos, EL VIZCONDE.

ENR. Oh! Tanta dicha, vizconde!...
VIZ. Señor don Enrique, tengo
un placer en ver á usted
por mi casa.
ENR. Gracias. Llego
de París hoy mismo: es fuerza
que con el siglo marchemos.
Qué persona de mi clase
no ha estado en París lo menos
una vez?...
VIZ. Señor don Carlos
aqui está el recibo. (*se le dá.*)
MAR. Luego
espero que ustedes honren
el baile.
ENR. No faltaremos.
CAR. Adios, vizconde; señoras...
ENR. Aguarda, que yo me ausento
tambien. A los pies de ustedes:
señor vizconde, hasta luego.

ESCENA XIII.

VIZCONDE, DOÑA MARGARITA, AURORA.

MAR. Don Enrique es muy galante
aunque peca de algo loco.
VIZ. Creo que le falta poco
para ser algo pedante.
MAR. Pues... ya lo decia yo;
si agradarte es maravilla.
VIZ. Qué quieres, cuando en Sevilla
le vimos, no me gustó.
Cuán distinto me parece
Don Carlos.
MAR. Nadie te niega
lo contrario.
VIZ. Alguno llega.
Ola! Es usted, que se ofrece?

ESCENA XIV.

Dichos, DON AMBROSIO.

MAR. (Qué cara.)
AMB. Aguardando estan...
VIZ. Quiénes?
AMB. Los del pagaré.
VIZ. Está muy bien. Tome usted
los dos mil duros. Ahi van.
(*saca la cartera y le da billetes de Banco.*)
AMB. Buena va la danza. Al cabo
habrá baile?
MAR. Y ambigú,
y bailaré.
AMB. Bailar tú
con sesenta y uno?... bravo.
AUR Tio!
AMB. Siga la trifurca;
baila sin interrupcion.
MAR. Si señor, el rigodon
y la polka y la mazurca.
AMB. Pero que observes te ruego
tus arrugas... tu esparpajo...
MAR. Pues qué soy yo?...
AMB. Un espantajo.
MAR. Pues mi cuerpo?...
AMB. Es un talego.
AUR. Basta.
MAR. Me insulta.
VIZ. Dejad...
AMB. Que se convenza...
MAR. De qué?
AMB. De que tiene puesto un pie...
MAR. En dónde?
AMB. En la eternidad.
MAR. Vámonos.
AMB. Al fin se aleja.
MAR. Por no ver á usted, me alejo.
Qué maldecido de viejo!
AMB. Qué condenacion de vieja!

ACTO SEGUNDO.

Salon con dos puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AURORA *y* DOÑA LUISA.

LUI. Con que es misántropo, Aurora?
AUR. Es un nuevo Jeremias:
siempre dudando de mi:
cuando á la cara me mira,
palidece su semblante,
sus dos ojos brotan chispas...
en fin me asusta su amor
casi siempre, amada Luisa:
LUI. Conque ahora es Don Enrique
el que tu pecho cautiva?
AUR. No puedo negar que le amo:
mas qué quieres que te diga?...
me da lástima de Cárlos;
es bueno, por mi familia
hizo muchos sacrificios,
y yo soy agradecida.
En fin, mi pecho ama á Enrique,
y el alma á Carlos estima.
A uno quisiera no amar,
pero si no puedo, amiga.
Ah! reniego de las leyes
de esa sociedad maldita;
á no ser por ellas, claro,
con los dos me casaria.
Ya ves, con dos me contento,
no tengo mucha avaricia.
LUI. Es claro, pero ya ves....
es preciso que prescindas...
AUR. De amar á uno, es verdad!
El deber á eso me obliga;
mas casarme con los dos
confieso fuera una viña.
El uno es sentimental,
el otro es un trueno, chica;
asi, si estuviera triste
al tronera buscaria,
y con su humor divertido
me hiciera soltar la risa,
y cuando ya de reir
me fastidiase, me iria
en busca de mi filósofo...
Oh variedad esquisita!
Conócelo, con los dos
en casa, siempre tendria

el martes de carnaval
y el miércoles de ceniza.
LUI. Ja, ja ja.
AUR. Pero dejemos
cuestion que ya me fastidia,
y hablemos si te parece...
LUI. De qué?
AUR. De nuestras conquistas.
Me pareció la otra noche
que del baron te reias.
LUI. Y quién no riera de él!
Sabes lo que me decia?...
AUR. Cuenta, cuenta; ya te escucho.
LUI. Que era graciosa, bonita,
angelical; que me amaba
y por mi se moriria.
En fin, porque yo le hablé
nada mas que por política,
y le despedí al marcharse
con una afable sonrisa,
se marchó tan satisfecho
diciendo que le queria.
AUR. Oh! pues hay muchos como ese,
que la frase mas sencilla
la convierten en sustancia,
y cual triunfo la publican.
Mas qué consiguen con eso?...
que de ellos todos se rian.
CRI. Señorita, Don Enrique.
AUR. Que me place su visita.
Puede entrar.
LUI. Adios, Aurora.
AUR. Luisa, por qué te retiras?
LUI. Voy á ver á tu mamá.
Quien se ausenta, no fastidia.
AUR. Que tal pienses?...
LUI. Eh! sé franca.
Adios, Aurora.
AUR. Adios, Luisa.

ESCENA II.

AURORA, DON ENRIQUE.

ENR. (Veré si cae en la red.)
Sino molesto...
AUR. Adelante.
ENR. Tengo el gusto en este instante
de estar á los pies de usted.
AUR. Gracias. Tome usted asiento.
ENR. Abusaré del favor,
por disfrutar el honor
de hablarla á usted un momento.
AUR. Si honra disfruta cumplida
solo con estarme hablando,
con estarle á usté escuchando
soy tambien favorecida.
ENR. Cortos serán los instantes
que hablemos, la ocasion crítica,
dejémonos de política
para hablarnos como amantes.
AUR. Como amantes?
ENR. Ya se vé:
al separarnos un dia
no dijo usted, alma mia,
eterna será mi fé?...
AUR. Pero si fé le he guardado
á usted por un año entero,
pudo ser mas duradero
el juramento prestado?
ENR. Es decir que concluyó
aquel amor para mi?...
AUR. Ni le digo á usted que si,
ni le digo á usted que no.
Despues de un año de ausencia
en un lejano pais...
ENR. Y qué hay de malo? En Paris
ha sido mi residencia.
No paises despreciables
he corrido... bien se vé;
á Paris ya sabe usté
que van los hombres notables.
Allí con algunos sócios
enormes sumas gané,
y fama tambien dejé
de ser hombre de negocios.
Y en la carrera marcial
que hice yo que se disipe?...
En fin, cuando Luis Felipe
quiso hacerme general!
AUR. Eso es ascender de prisa!
ENR. Mi talento aventajado...
AUR. Pues á usted no le ha faltado
nada mas que cantar misa.
ENR. Por donde fuí, la victoria
me rindió su galardon,
porque tuve la ambicion
de ofrecer á usted mi gloria;
y pues tranquilo y ufano
puedo mi ilusion gozar,
solo me resta alcanzar
la posesion de esa mano.
AUR. Siento ver desvanecida
su esperanza; yo quisiera
que mi mano de usted fuera,
pero está ya prometida.
ENR. Bien sé que Carlos mi amigo
me la quiere arrebatar,
pero no lo ha de lograr
sin que se bata conmigo.
Y como será forzoso
que muera por poco diestro...
AUR. Tambien es usted maestro?...
ENR. Oh! tengo un ojo asombroso.
AUR. Si, eh?
ENR. Con una pistola
una tarde, estando en Francia,
á cien pasos de distancia
quité á un gilguero la cola.
AUR. Qué dice usted?... Ja, ja, ja...
Con que á cien pasos?...
ENR. Oh! si.
No me cree usted á mi?
AUR. Usted por fuerza será
andaluz?
ENR. Si, sevillano.
Con que diga usted, podré
conseguir lo que anhelé
y aun anhelo... vuestra mano?
AUR. Mas Don Carlos....
ENR. Ese uraño?...
Y hay mujer que quiera amarle!
Debe usted abandonarle
ó muere usté antes de un año.
Podrá usted tener amor
á un hombre que huye del baile,
que ha nacido para fraile
y no lo es por un error?...

AUR. Usté es su amigo y...
ENR. No cejo
de reprochar su virtud.
AUR. No tiene usted gratitud?
ENR. Gratitud?... Eso es muy viejo.
AUR. Pues aun dura en mi pais.
ENR. Qué dice usted?... Cosa estraña!
Hay gratitud en España?...
Pues no se estila en Paris.
Juro á usted que mi pasion,
sin que sea exajerada,
será pura y acendrada
sin engaños ni ficcion.
Como Carlos no seré
que viene amores jurando,
mientras vil está engañando
á dos jóvenes que sé.
AUR. Eso mas?...
ENR. Segun discurro,
bajo su aspecto sencillo,
se oculta el alma de un pillo.
AUR. Con que es pillo?
ENR. Y muy cazurro.
Ayer mismo, vuestro hermoso
semblante yo ponderaba,
y me dijo, chico, acaba,
si la quieres, te la endoso.
AUR. Cielos!
ENR. No diga usted nada,
quiero me guarde el secreto:
baste que de ese sugeto
viva usted muy avisada.
Mas si quiere usted disipe
mal que á los dos compromete,
bueno.... yo fui de florete
maestro de Luis Felipe.
Mas aqui salen.
AUR. Callemos.
ENR. Pero no me dice usté...
AUR. Luego despues volveré,
y mas despacio hablaremos.
CRIA. Don Carlos.
AUR. Pase adelante.
ENR. Nos deja usted solos?
AUR. Si.

ESCENA III.

DON ENRIQUE, DON CARLOS.

ENR. Perillan, tú por aqui?
CAR. Qué hay en ello que te espante?
ENR. Nada: tengo un gran placer
en verte en este momento.
Dame esa mano, ya sabes
la pureza de mi afecto:
hace un instante que hablaba
con tu querido embeleso,
y ha podido convencerse
de lo mucho que te aprecio.
La he dicho lo que mereces,
solo justicia te he hecho;
que eras fiel amante, sabio,
y cumplido caballero,
porque nunca olvidaré
los favores que te debo.
CAR. Enrique, quieres callar;
repara que me avergüenzo.
Yo anhelaba un fiel amigo,
que aunque fortuna poseo,
me faltaba una persona
con quien partir mis contentos,
mis desgracias... y en ti solo
á esa persona encuentro.
Si me es constante mi Aurora,
en ella y en ti contemplo
mi tesoro, mi alegria
y mi mas dorado sueño.
ENR. No ha de ser constante?... vaya:
estando yo de por medio!
siendo tu amigo... tu hermano.
Mira, Carlos, me enternezco
y llorára como un niño...
que es mucho lo que te debo.
Sin tu proteccion, tal vez
me encontrára en un destierro,
espiando aquella falta
que recordar me avergüenzo.
CAR. A que fin desconsolarte;
toda tu amistad comprendo,
y antes dudára del sol
que de tu amor verdadero.
Tú de la pura amistad
concibes el sentimiento:
no eres como esos amigos
con corazones de hielo,
que ni comprenden ni sienten,
pues son áridos desiertos
donde sucumbe perdido
el cansado viajero.
ENR. (Vaya un sermon!) Dices bien,
Oh! es mucho tu talento!
CAR. Solo tengo un alma noble
con un corazon de fuego.
ENR. Tienes razon; lo conozco.
Pero aqui salen... Callemos.
Quieres hablar con Aurora?...
verás tú como entretengo...

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA MARGARITA, AURORA *y* LUISA.

CAR. Estoy á los pies de ustedes.
ENR. Yo tambien, humilde servo...
MAR. Servo! Me gusta el saludo.
ENR. Es parisien, os lo advierto.
MAR. Cuanto estuvo usté en Paris?
ENR. Verano, otoño é invierno.
LUI. Traerá usted muchas noticias.
ENR. Si quieren matar el tiempo,
las contaré mil trabajos
que en Paris me sucedieron.
MAR. Con mucho gusto.
ENR. Si?... Entonces
tomen mi brazo; un paseo
dando por esos salones
lo iré todo refiriendo.
Quisiera tener tres brazos
señoritas, que ofreceros,
mas supuesto tengo dos
y ocupados ya los tengo,
Don Carlos, á Doña Aurora
servirá de caballero...
MAR. Pero si...
ENR. Vamos, señoras;
verán ustedes qué buenos

son mis lances parisienses,
dan risas, llantos y miedo.

ESCENA V.

AURORA, DON CARLOS.

AR. Solos quedamos, Aurora,
gracias á mi fiel amigo;
cuánto esperaba esta hora,
mas ya llegó encantadora
y mi amante afan mitigo.
No llega mi aliento ardiente
á encender tu corazon,
que asi me ocultas tu frente?...
Es que tu pecho no siente
el volcan de mi pasion?...
UR. Cuidado, que en delirar...
AR. Perdone usted si la ofendo,
no la quiero molestar:
veo que en vano pretendo
el que usted me sepa amar.
No la culpo, Aurora bella,
ni espere nunca la riña
aunque me case con ella;
sé que es adversa mi estrella,
y usted hermosa y muy niña.
UR. Siempre la misma mania:
cree usted que no sé amar?...
Ah! Cuan poco al alma mia
la pudo usted todavia
con su impaciencia observar!
Mas la verdad le diré:
solo una vez he amado
en mi vida, mas con fé;
y ese amor tan acendrado
á quién se le tengo?... A usté.
R. Hay momentos en la vida,
de tan suprema ventura,
que el alma de gozo enchida
vuela en su ilusion, perdida
por la celestial altura.
En que el hombre, en su alegria,
por el placer inspirado,
siendo vate, cantaria,
siendo pintor, pintaria,
lidiára, siendo soldado.
Y en todas sus espresiones,
y en su mas mínima accion,
se hallarian sensaciones
y un bello mar de ilusiones
y sublime inspiracion.
Esto no comprenderá
la turba necia... insolente,
que á veces te adulará,
que esa, mirando el presente
no descubre el mas allá.
R. Y siente usted tanto?... (Me ama
con pasion... Qué enciclopedia!)
Modere usted esa llama,
que si á usted le gusta el drama,
á mi solo la comedia.
Ya se enfada?... Esto es fatal;
si su esposa me hace el cielo,
y una vez me juzga mal,
de cierto busca un puñal
y representa el Otelo.
Ay Jesus! Cómo me mira...
Si parece que está loco!
Ni un actor mejor se inspira;
que yo no soy Edelmira,
apártese usted un poco.
CAR. Se burla usted?
AUR. No señor,
no me burlo de quien amo,
aunque alegre, con ardor.
CAR. Su perdon de usted reclamo.
AUR. (Jesus que predicador!)
CAR. He visto con sentimiento
cuando yo me entusiasmaba,
que usted fria me escuchaba
dando á mi pecho tormento.
Mi pasion sublime es;
pero usted que nada siente,
comparó mi amor ardiente
con tragedia ó entremés.
Como insulto lo tomára
si esperiencia usted tuviera;
pero ridiculo fuera
que á una niña la culpára.
Mas decirla me compete,
sin que la falte al respeto,
que yo nunca me someto
á ser de nadie el juguete.
Nada... hablemos en razon:
huiré de aqui si la enfado,
más no quiero ver pisado
por usted mi corazon.
Este que ciego la adora,
si usted le ultraja, verá
que no la perdonará...
piénselo usted bien, Aurora.
AUR. Por eso no estoy inquieta;
le amo á usted y le amaré...
pero no se ofenda usté
si soy un poco veleta.
Es natural mi alegria,
ah! tengámosla los dos;
no parezca usted, por Dios,
agente de policia.
Cuando furiosa me asedia
recelando de mi fé,
vamos, me parece usté
un señor de la edad media.
Que abandone usted su humor
melancólico, deseo;
si me parece usted feo
cuando espresa asi el amor.
Imite mi travesura,
ríase conmigo y baile,
no haga esa vida de fraile
encerrado en su clausura.
Asi felices seremos;
asi usted no gemirá;
asi placer me dará
y al fin nos entenderemos.
CAR. Muy dificil es, señora;
mis males...
AUR. Sabré cortarlos.
No sea ustè uraño, Carlos.
CAR. Tenga usted mas juicio, Aurora.
VIZ. (*dentro.*) Nada alcanza mi ambicion.
AMB. (*id.*) Busca en tu esposa consuelo.
AUR. Ah! mi papá, santo cielo.
Pasemos á ese salon.

ESCENA VI.

VIZCONDE, DON AMBROSIO.

AMB. No te canses: no hay remedio;
el pagaré has protestado,
y nadie puede librarte
en caso tal, del embargo.
Ve aqui las consecuencias
del oropel, de esos gastos
que has consentido. De que
te han servido cincuenta años
de mundo, si tu mújer
en todo te ha dominado?
VIZ. Tiene usted razon, yo débil
á sus gustos me he prestado,
y por eso he recojido
cosecha de desengaños.
Pero con lamentaciones,
tio, nada adelantamos;
se va haciendo tarde, y pronto
llegarán los convidados.
AMB. Y qué quieres que haga yo?
Aguardar con sobresalto
el instante en que penetre
aqui dentro el escribano.
Mientras márchate allá fuera
á recibir esos vagos
con tu esposa, que en acecho
quedaré yo.
VIZ. Voy temblando.
AMB. Como ha de ser; no te abatas;
qué diablos, hombre, ten ánimo.

ESCENA VII.

DON AMBROSIO, *despues* MARGARITA.

AMB. Margarita, Margarita,
déjalos jugar un rato
solos, y ven que te esperan.
(Mal cañon de á veinte y cuatro...)
MAR. Quién me aguarda?
AMB. Yo, querida;
tu tio, mi dulce encanto.
MAR. Cuanto amor!...
AMB. Si, yo te quiero.
(Que no te partiera un rayo!)
MAR. Mas porque me llama usted?
AMB. Para decirte que en vano
hemos buscado dinero,
pues no encontramos ni un cuarto.
MAR. Pero, qué, no pagó usted
los dos mil duros prestados?
AMB. Pero queda un pagaré
de otros dos mil, protestado.
Con que vé, no te detengas,
á gozar de ese boato,
ve á recibir con tu esposo
á todos los convidados;
llévalos al ambigú,
que dentro de poco, acaso
verás entrar la justicia
por tu esposo preguntando,
y sufrirás el bochorno
de que presencien tu embargo.
MAR. Mi embargo!
AMB. Tu embargo, si:
eh! qué tal?... Vaya un bromazo.
Los convidados entonces
huirán de ti cual del diablo,
se reirán de tu miseria
tu vanidad humillando,
y dirán, qué vizcondesa
que se atreve á dar saraos
cuando está llena de trampas...
MAR. Basta.
AMB. Sin tener un cuarto.
MAR. Quiere usted callar?...
AMB. Y luego
serás de su burla el blanco.
MAR. Me desespero... me aburro.
AMB. Y saldrás en los diarios.
MAR. No será asi.
AMB. Y con viñetas
donde te pondrán bailando...
MAR. Qué horror!
AMB. Y con un letrero
donde se lea muy claro:
«esta es la vizcondesa
de trampa-alante.
MAR. Me abraso!
AMB. Y en lugar de los vestidos
de terciopelo y de raso,
los llevarás de estameña...
si los hallas en el Rastro.
MAR. Que exageracion!
AMB. Lo dicho,
que ya el fondo ha caducado,
y no tienes quien te fie
solo un duro megicano.
Pero lo peor no es
el llevar trages usados...
MAR. Pues aun hay mas!!!
AMB. Mucho mas.
Como no tendrás un cuarto,
si hay alguno que te preste
para poner un guisado,
la señora vizcondesa
tendrá que condimentarlo.
MAR. Con que tendré?...
AMB. Que guisar,
fregar pucheros y platos...
MAR. Jesus!
AMB. Y barrer la casa.
(Soliman está tragando.)
MAR. Yo barrendera!
AMB. Eso es.
Pues digo, tendrá que oir
cuando digan los hidalgos,
dónde está la vizcondesa?..
y grite una voz, fregando.
MAR. Tal desgracia!
AMB. La has querido.
Si me hubieras hecho caso
tendrias honra y riqueza,
pero pues te has empeñado
en derrochar tus caudales,
frega y echa los livianos.
MAR. Tio!
AMB. Y pierde á tu familia,
y muérete renegando.
MAR. Me va á dar un accidente!
AMB. Si Dios hiciera un milagro!
MAR. Qué dice usted?
AMB. Nada, hermosa.
Anda que te está esperando
la víctima de tu esposo
en ese salon de al lado.
MAR. Pues tanto me insulta usted,
puede ser que sin reparo
hoy le arroje de mi casa.

IB. Arrojarme? Qué he escuchado!
Ven y te daré mis cuentas;
á mi arrojarme... Canario,
si pensarás que yo quiero
vivir de una necia al lado?
Al punto dejo tu casa,
que aunque no tengo un ochavo,
tengo honradez, y sabré
trabajar para ganarlo.
Solo me aflije marcharme
por el vizconde, á quien amo,
y Aurora... por esas víctimas
que inmoló tu despilfarro.
Me voy por mi voluntad,
no inicuamente arrojado,
que aun conservo un corazon
viejo ya, pero bizarro.

ESCENA VIII.

Dichos, Don Enrique, El Vizconde.

Z. Qué voces!... Dónde vá usted.
MB. A la calle.
NR. Me han mandado
á ver qué causa estas voces...
MB. (Ya salió don Caralampio.)
Perdone usted, don Enrique,
aqui nadie le ha llamado.
NR. Sin duda usted no ha sabido
quién soy yo.
MB. Ni de ello trato.
NR. He venido de París...
MB. Ya sé, con los monos-sábios.
NR. Que educacion!
MB. Déjame;
tu noble esposa me ha echado.
Z. Quédese usted con nosotros,
se lo suplico á usted.
MB. Vamos,
tú no debes suplicarme
pues ya sabes que te amo.
Z. Queda usted por dueño aqui,
dispense si le dejamos.

ESCENA IX.

Don Enrique, Aurora.

NR. Que modales los del tio!
Me ha dejado estupefacto.
UR. Muy bien, señor don Enrique;
ha cumplido usted su encargo.
NR. Iba á entrar, pero me alegro
mucho de no haber entrado.
UR. Por?...
NR. Porque usted ha salido
y me dirá lo que aguardo....
UR. Pero Carlos...
NR. Si ahora usted
no me dice, yo te amo,
antes de doce minutos,
á mi rival...
UR. Qué?
NR. Le mato.
UR. Pero, Enrique...
NR. Me ama usted?
Yo la quiero, la idolatro:
olvide usted á ese buho
que traidor la está engañando,
á ese lloron sempiterno,
para admitir mi amor casto.
Verá usted qué diferencia;
yo enamoro apasionado,
pero siempre, amada mia,
con la sonrisa en los lábios.
Aur. Por Dios! Nos pueden oir.
Enr. Pues diga usted un vocablo.
Ah! ya leo en esos ojos
que va usted á pronunciarlo:
esa sonrisa... no hay duda...
ante sus plantas postrado
ponga término á mi afan.
Aur. Levante usted... yo le amo.

ESCENA X.

Dichos, Don Carlos, El vizconde, Doña Margarita, Don Ambrosio, Doña Luisa *y convidados.*

Aur. Ah!
Enr. Carlos!
Car. Negra perfidia!
Viz. (*desde el foro.*) Adentro señores.
Aur. Carlos
tenga usted piedad de mi,
no dé por Dios un escándalo.
Viz. Tomen ustedes asiento.
Mar. Usted, Luisita, á mi lado.
Amb. Vizconde, somos perdidos.
Vienen á embargar, qué hago?
Viz. (En tan apurado trance
quién me salvará? Don Carlos!...
verguenza me dá decirlo....)
Hija, vienen al embargo,
don Carlos....
Aur. Callad,
vá á vengarse...
Viz. De qué? Acaso...
(*El vizconde habla un momento á parte con don Carlos, mientras entra el comisario.*)

ESCENA XI.

Dichos, Un comisario, Un escribano *y alguaciles.*

Caballeros 1.° y 2.° La justicia!
Comi. Quién es don...
Car. Yo. (Venid...)
Viz. (Oh! noble amigo!)
Aur. (Ah! mi ingratitud maldigo.)
Car. Vamos. Siga la funcion. (*Al vizconde.*)

ACTO TERCERO.

Decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

Don Ambrosio.

Ya hemos salido de apuros;
pues señor, mucho me alegro
por el vizconde y Aurora,
por Margarita lo siento.
Que joven tan apreciable
es don Carlos; yo le quiero
porque es honrado; no hay duda,
su cara lo está diciendo.

El que á la verdad, no me entra
de lo dientes para adentro,
es el tal don Enriquito.
Que títere tan completo!
Fuego de Dios, como bailan;
eso es, siga el jaleo:
no hay duda alguna, esta casa
no tiene ningun remedio.

ESCENA II.

DON AMBROSIO, VIZCONDE, AURORA.

VIZ. Ven aqui y respirarás
mejor que en aquel infierno.
AMB. Qué es eso?.. se ha puesto mala?
AUR. Un bahido...
AMB. Toma asiento.
AUR. Me alegro encontrarle aqui,
que á los dos hablar deseo.
AMB. Qué te pasa?... Quién te ofende?...
cuidado con este viejo.
AUR. Nadie me ofende, al contrario,
soy yo sola la que ofendo.
VIZ. Qué dices?...
AUR. Lo que es verdad,
ya no es tiempo de misterios;
don Carlos leal me amaba
y yo le hice juramento
de no faltarle jamás
á mi amor.
AMB. Pero que has hecho?
AUR. Despues de lo que he jurado
y de haber estado viendo
los inmensos sacrificios
que por nosotros ha hecho...
AMB. Concluye, voto á los diablos.
VIZ. Acaba, que me impaciento.
AUR. Pues bien, le falté á mi fe,
y cuando entrastes pidiendo
su socorro, en aquel punto
me escuchó con sentimiento
decir á un amigo suyo
que le amaba con estremo.
VIZ. Que hicistes!
AMB. Y él mientras tanto
teniendo pedazos hecho
su corazon, nos salvó.
Oh! generoso mancebo!
Que heroicidad... que accion!...
dejad que llore ó rebiento.
AUR. He sido hasta aqui una loca,
y aun coqueta, lo confieso;
á nadie jamás he amado,
pero hace poco, ese ejemplo
de nobleza y de valor,
al corazon le dió fuego
para adorar la grandeza
de don Carlos. Yo no puedo
á mi misma perdonarme
todo el daño que le he hecho.
Quiero que ustedes le vean
y le digan que deseo
con mis lágrimas borrar
su amargura y su tormento.
AMB. Pero no serás su esposa.
VIZ. Por qué no?
AMB. No debe serlo.
Aurora es muy casquivana,
don Carlos tiene talento;
Aurora es algo coqueta,
don Carlos un caballero,
y á la que entregue su mano
debe tener mucho mérito.
VIZ. Mas volvamos al salon,
no censurar les dejemos.
AUR. Censuren enhorabuena,
yo con ellos nada quiero.
Aunque he sido veleidosa
tengo buenos sentimientos,
y si por sendas mas rectas
me hubiesen guiado...
AMB. Cierto
qué á don Carlos no faltáras,
mas no has visto un buen ejemplo;
tu madre te ha conducido
por estraviados senderos;
por ella has sido coqueta,
faltando á tu juramento,
por ella tú te has perdido
y por ella nos perdemos.
Mas quién es el otro amante?
AUR. Don Enrique.
AMB. Ese pilluelo?...
Pues desengáñale al punto.
Tú, al salon vuélvete presto (*al vizconde.*)
y haz que don Enrique venga
yo aqui en acecho me quedo.
VIZ. Pero...
AMB. Sé condescendiente
una vez conmigo.
VIZ. Bueno.

ESCENA III.

AURORA, DON AMBROSIO.

AMB. Ten valor; que no le amas
le has de decir sin rodeos;
como no lo hagas asi...
yo salgo y veremos luego.
AUR. Despues de lo que ha pasado,
piensa usted que tengo miedo
de decir á don Enrique
todo lo que ahora siento?
Usted lo oirá si le place
y verá que no me arredro.
AMB. Oigo pisadas... él es.
Firme y valor, que yo observo.

ESCENA IV.

AURORA, DON ENRIQUE, DON AMBROSIO, *oculto.*

ENR. Que me quieres, prenda mia?
AMB. (Y el tunante la tutea!)
AUR. Para hablarme usted de tú,
nunca le he dado licencia.
ENR. Pero querida, entre amantes
esa es corriente moneda.
Vamos, no seas gazmoña...
AMB. (Le voy á romper las muelas.)
AUR. Sepa usted, que si hace un rato
por una chanza, mi lengua
le dijo que fiel le amaba,
que le desengañe es fuerza.
ENR. No me ama usted?...
AUR. No señor.
AMB. (Bendita tu boca sea.)
AUR. Cuente usted con el afecto

de una amiga verdadera,
y eso será si á su amigo
como amigo le respeta.
NR. A Carlos?... Que estravagancia!
UR. A Carlos, á quien promesa
le hice de darle mi mano,
y á quien adoro.
NR. Por fuerza
usted ha perdido el juicio,
cuando hoy asi me desprecia;
ama usted á Carlos.... bueno;
ámelo usted cuanto quiera;
si en la carcel no se pudre...
MB. (Antes ciegues que tal veas.)
NR. Ha de morir á mis manos.
UR. Si al contrario sucediera?...
NR. No sucederá, señora.
Pero en el baile me esperan...
Me desprecia usted, corriente;
no la envidio su nobleza,
que no hay en la mia, tios
como el de usted tan babiecas.
MB. (Me insulta!... No puedo mas.)
NR. Vaya un tio; tiene ideas
solo propias de un villano.
MB. (*saliendo.*) Usted miente.
UR. Tio.
MB. Quieta.
NR. No estoy de humor de escucharle.
MB. Pues me oirá usted á la fuerza.
Me ha llamado usted villano,
y puede que usted lo sea,
y sino tome una espada
y al campo conmigo venga.
NR. Va usté á hacer el Trovador?
MB. Se burla de mi?
NR. La escena
del desafio... magnifico.
Oh! muy bien la representa.
MB. Este no es caso de burlas.
NR. Yo soy Don Nuño; me peta.
UR. Respete usted á mi tio.
NR. Pero quien no le respeta?
MB. Oiga usted, seo mequetrefe,
ninguno conmigo juega.
NR. Eh, me marcho... está usted loco.
MB. No, quieto aqui. (*sujetándole.*)
NR. Que me aprieta,
hombre, por Dios, suelte usted.
MB. Qué tal!... ya por Dios me ruega.
Estos son los parisienses,
hacen burla de cualquiera,
escudados conque el sable
ó el florete diz manejan,
y no tienen los imbéciles
medio bofeton siquiera,
Aun soy villano?
NR. Fué broma.
MB. Hase visto tal bajeza!
Qué se ha de hacer con un hombre
que cuanto dijo ahora niega?
NR. Oiga usted...
MB. Bastante he oido.
Si en sacando de hacer señas
y gestos y contorsiones
á esta turba de babiecas...
No sè como á tales hombres
los hizo naturaleza.
NR. No quiero hacerle á usted caso,
pues veo que ya chochea.
AMB. Le vale á usted que la gente
hácia este sitio se acerca,
que sino... me voy de aqui
por no abrirle la cabeza.

ESCENA V.

AURORA, DON ENRIQUE, DOÑA MARGARITA, DOÑA LUISA *y convidados.*

CABALLERO 1.° Está usted siempre empeñada
(*á Doña Luisa.*)
en creer que no la amo.
LUI. Como son tantas las damas
á quienes las ha jurado
ser constante!
MAR. (*á Aurora.*) Se pasó
ya el vahido?
AUR. Era cansancio
sin duda.
MAR. Bien dige yo,
que no duraria.
LUI. (*á Aurora.*) Vamos
á dar unas cuantas vueltas
por el jardin. Toma el brazo
de tu mamá, coje el mio,
y al aire libre salgamos.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, *convidados.*

CABALLERO 2.° Cuidado que ha sido lance.
IDEM 1.° Pero lance muy pesado.
ENR. A mi no me ha sorprendido,
porque hace ya mas de un año
que un lance por el estilo
estaba yo sospechando.
CAB. 1.° Conque usted ya sospechaba
un lance asi?
ENR. Pues es claro.
CAB. 2.° Pues yo nunca presumí
que sucediese á Don Carlos...
ENR. Esas son las consecuencias
de su tren y su boato:
de la noche á la mañana
echó carruaje y caballos,
adornó su habitacion
con mas lujo que un palacio,
dió á sus criados librea,
compró una casa de campo,
sin alcanzar su fortuna
á sostener tanto rango.
CAB. 1.° Pues por Madrid se creia
que era un hombre millonario.
ENR. Oh! Don Carlos es un hombre
de un talento estraordinario,
y posee el don sublime
de hacer de lo negro blanco.
Pero en qué viene á parar
todo ese lujo? En que al cabo
la farsa se sabe...
CAB. 1.° Cierto.
ENR. Y viene á dar un porrazo
como el de esta noche, y pasa
sus dias encarcelado.
CAB. 2.° Pero no podrá librarse?...
ENR. Librarse?... pobre Don Carlos.
(*Don Carlos aparece en el foro.*)

No es facil, tanto desorden
le tiene tan entrampado.
CAB. 1.° Entrampado, eh?
ENR. Y ha hecho
travesuras, que no es raro
que algun dia le conduzcan
á morir en un cadalso.
CAB. 2.° En un cadalso?...
CAB. 1.° Demonio,
me ha dejado usted pasmado!
ENR. (Magnífico. Yo he de hacer
que no consiga la mano
de Aurora.)

ESCENA VII.

Dichos, DON CARLOS, DOÑA MARGARITA, AURORA *y* LUISA *que entran al mismo tiempo.*

CAR. Muy bien, amigo.
TODOS. Don Carlos!
CAR. Por esperiencia
he visto ya que en mi ausencia
se ha portado usted conmigo.
Desde esa puerta, escuché
con que amigables servicios
paga usted los beneficios
que ha tiempo le dispensé.
ENR. De agradecido me precio,
y negarme esa virtud...
CAR. Nunca fué la gratitud
el patrimonio de un necio.
ENR. Carlos!
AUR. Señores!
MAR. Por Dios!
ENR. Si estas conmigo enojado,
cuando el baile haya cesado
podremos vernos los dos.
CAR. Vaya usté á buscar primero,
si quiere satisfaccion,
un hombre de corazon
y como yo caballero.
Que yo lidiaré mejor
con un oscuro mendigo,
que no con un vil amigo...
ENR. Don Carlos...
CAR. Calumniador!
Déjese usted de furores
que pueden hacer reir,
cuando voy á referir
cierto lance á estos señores.
Cuando ha poco se turbó
la paz de la fiesta aqui,
con la justicia salí,
pero el preso no era yo.
MAR. No era usted, y le buscaban?
CAR. No: mientras aqui el contento
seguia, en otro aposento
declaracion me tomaban.
LUI. Para una declaracion
era solo?
CAR. Si señora,
de un falsario que está ahora
tambien en este salon.
CAB. 1.° Quién?...
ID. 2.° Qué dice?...
CAR. Si á Don Carlos
por criminal le tuvieron,
un grave error padecieron...
mas voy á desengañarlos.
Desde mis primeros años
tube un amigo, señores,
á quien hice mil favores
sin esperar desengaños.
A este amigo, yo le amé,
partí con él mi tesoro,
y sin duda por el oro
decirme hermano escuché.
ENR. (Ah!)
CAR. Cuando mi corazon
inesperto le mostraba,
él finjia que lloraba
de gratitud y pasion.
ENR. Carlos!
CAR. Cometió sandeces....
yo por ellas me indigné,
mas con todo, le salvé
de la justicia dos veces.
AUR. Pero quién?...
CAR. Un suicidio
intentó, se lo impedí,
finjió firmas, y yo fui
quien le libró de un presidio.
ENR. Ya basta!
CAR. Y tantos favores
no sabeis cómo ha premiado?...
Con habérseme burlado
de mi honor, y mis amores.
Con seducir á la hermosa
que iba á ser esposa mia...
Quién asi procederia
sino un alma venenosa?
En fin, aunque al cielo clame
uno que oyéndome está,
es justo que arranque ya
la máscara del infame.
No es venganza señalar
al que puede corromper
la sociedad, es deber,
no la llegue á contagiar.
Ese impostor de impostores,
vil falsario y vil amigo,
aqui ante todos lo digo,
es Don Enrique, señores.
ENR. Don Carlos, si aqui en despique
quiere usté insultarme, bien...
salgamos á fuera, y...

ESCENA VIII.

Dichos, EL COMISARIO *y alguaciles del acto segundo.*

COM. Quien
es de ustedes Don Enrique?
MAR. Ese caballero.
COM. En nombre
de la ley dese á prision. (*á Don Enrique.*)
MAR. Si... si... que le quiten pronto
de nuestra vista.
ENR. (¡Oh furor!)
MAR. Tener un falsario aqui...
en mi baile... qué baldon!
COM. Suplico á ustedes dispensen
si á interrumpir vine yo...
Mas era forzoso...
MAR. Usted

cumple con su obligacion.
(*El comisario y los alguaciles se llevan á Don Enrique.*)
AB. 1.° Era el culpable, y la echaba
aqui de predicador.
AR. Que esto no sea motivo
de suspender la funcion.
IAR. No faltaria otra cosa!
suspenderla?... No señor.
Que cada cual su pareja
tome otra vez, y al salon.

ESCENA IX.

DON CARLOS, AURORA.

AR. Si usted me permite, Aurora,
que hablemos solos los dos,
la daré el postrer adios.
UR. Nos deja usted!
AR. Si señora
Es mi última decision.
UR. (Cuan abatido!) Qué escucho!...
Está usted enfermo?
AR. Y mucho,
enfermo del corazon.
UR. (Dios mio.)
AR. Por eso quiero
marchar tan lejos de aqui
que nunca sepan de mi.
UR. Reflexione usted primero...
AR. Quiero partir sin tardanza
con mi triste desengaño,
do en la amistad no haya engaño,
ni haya en el amor mudanza.
UR. Tiene usted mucha razon
para llamarme perjura,
mas hoy lloro mi locura
y aguardo solo el perdon.
AR. Aunque me faltó á su fé
con proceder bien ingrato,
soy caballero, y no trato
de hacerla sufrir á usted.
La culpa es mia, señora,
que mi corazon la dí,
y ciego de amor no vi
que era usted muy niña, Aurora.
Como ha de ser: aun mi amor
no crea que se ha estinguido...
mas ha tiempo he aprendido
á padecer con valor.
Jamás mi perdon demande.
UR. Se resigna á padecer?
AR. El hombre debe aprender
antes que todo, á ser grande.
UR. Ayer, don Carlos, juzgaba
que era capricho de un dia,
y sin saber lo que hacia,
ser su esposa le juraba.
Pero hoy que puedo mirar
la intensidad de su amor,
comprendo todo el dolor
que le he debido causar.
Y si borrar es posible
la falta que cometí,
cuanto exija usted de mi...
AR. Eso es, señora, imposible,
os lo juro por mi nombre,
impune con el cariño
se puede jugar de un niño...
pero no con el de un hombre.
AUR. Don Carlos!
CAR. Ha concluido
todo entre nosotros dos....
doy á usted mi último á Dios.

ESCENA X.

Dichos, DON AMBROSIO, EL VIZCONDE, *y* DOÑA MARGARITA.

VIZ. Don Carlos, qué es lo que he oido?
MAR. Nos deja usted?
CAR. Si señora.
Ya estoy dispuesto y mañana
marcho.
VIZ. Y á donde.
CAR. A la Habana.
AMB. Pobre don Carlos.
MAR. Aurora,
como, estás llorando?
AUR. Si,
lloro porque he sido yo
quien con su pasion jugó
y le hace partir de aqui.
MAR. Pues no es motivo á mi ver...
AMB. No es motivo de llorar
en quien tiene honor, faltar
al juramento de ayer?...
Esas son las consecuencias
de tu conducta obcecada.
MAR. Sabe usted que estoy cansada
de oir sus impertinencias?...
VIZ. Señor don Carlos, quisiera
que mi deuda...
CAR. Le prevengo
á usted, que siempre me vengo
vizconde de esta manera.
(*saca el recibo del vizconde y le rasga.*)
VIZ. Rasga usted mi pagaré...
CAB. Si muero en el mar, ninguno
quiero que venga importuno
á reclamársele á usted.
VIZ. Mas...
CAR. Cuando usted lo reuna,
lo manda usted, si no he muerto,
pero entre tanto, le advierto
que no corre prisa alguna.
VIZ. Mal el modo corresponde
con que á su amor en mal hora...
CAR. Mi pecho perdona á Aurora,
no la aflija usted, vizconde.
AUR. Ah!
AMB. Aprende: tu corazon (*á doña Margarita.*)
por el orgullo viciado,
jamás hubiera pagado
su ofensa con tal accion.
MAR. Oiga usted, yo no permito
que se me insulte jamás,
ni quiero tener ya mas
en casa quien alce el grito.
AMB. Tienes razon... me iré, si...
pues te cansan mis consejos,
yo me marcharé tan lejos
que jamás sepas de mi.
CAR. Si usted acepta, conmigo

puede usted partir mañana,
y hallará usted en la Habana
una casa y un amigo.

AMB. Con usted, que es hombre honrado
me iré, pero pobre soy,
dispuesto á marchar estoy
si me lleva de criado.

CAR. De amigo.

AUR. (Cuanto tormento!)
Con que ya nunca los dos
nos veremos?

CAR. No... y adios,
que me mata el sentimiento.

AUR. Triste y funesta partida!...
Me abandona la razon.

CAR. Como ha de ser, estos son
desengaños de la vida.

MADRID, 1848:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

CALLE DEL DUQUE DE ALBA, N. 13.